

suntuosamente á reserva de tratarlo, si no oye sus votos, como el *azarón* napolitano trata á los santos que no le son propicios, abrumándolos de injurias y aun de golpes.

Hacia ya mucho tiempo que un personaje de Menandro se había quejado en el teatro de Atenas de que los dioses arruinaban á los maridos. «A nuestras mujeres, decía otro, les son necesarios cinco sacrificios al día.» Para la iniciación en estos misterios, Mitra (1), el mediador entre el Dios supremo y los hombres, exigía un ayuno de cincuenta días, más largo que el ramadán islámico, diez y ocho días consagrados á pruebas ó penitencias diversas, y dos más á las flagelaciones. Los sacerdotes del Enyo de Comana, semejantes á los *aissauas* de la Argelia, jugaban con espadas y se hacían crueles heridas; los galos de Cibeles se emasculaban, como lo hacen hoy los *scopsi* rusos, y una turba de vagabundos que se decían sacerdotes de cualquiera divinidad, pero no sino ejercían oficios sospechosos, mendigaban, á la vez que vendían oraciones, talismanes, filtros y además, como los compañeros de Tetzl, indulgencias para la remisión de los pecados. Jamás excitó tanta repugnancia una cuadrilla de gitanos, como los sacerdotes de la diosa siria cuya asquerosa pintura nos dejó Apuleyo.

Había pues entonces, lo que se ve con frecuencia, mucha religiosidad y poca religión. La obediencia á las prescripciones de un ritual, sobre todo el cumplimiento de las ceremonias expiatorias, que formaban el principal carácter de los cultos orientales, parecían bastar para constreñir la voluntad de los dioses, darles satisfacción y calmar todos los remordimientos. De aquí resultaba que los ejercicios de piedad no siempre redundaban en provecho de las costumbres, porque la religión que se limita á las observancias exteriores en vez de ir rectamente al alma se concilia perfectamente con el desorden.

En las leyendas del antiguo culto, las escenas de raptos ó sorpresas que la historia de los dioses griegos refiere con tanta complacencia, aquellas narraciones tan poco edificantes, aquellas representaciones que habrían exigido un velo más tupido que el del símbolo, suministraban á los impúdicos ejemplos sagrados con que autorizar sus excesos.

Por otra parte ciertos cultos orientales hacían del desencadenamiento de las pasiones una obra pia; de modo que al lado del ascetismo y de las maceraciones se veían las más vergonzosas sensualidades.

Con todo eso, un alma verdaderamente religiosa encontraba un medio de perfeccionamiento moral en la preocupación de las cosas divinas; y las extravagancias no la desviaban de ellas, como en la Edad media tampoco desviaban á los fieles de las altas enseñanzas de la cátedra católica nuestros romances picarescos, la fiesta de los locos, la del asno y algunas extrañas esculturas de nuestras iglesias.

Los delicados se apartaban de los ritos obscenos ó groseros de Dionisio y de Afrodita, de Sabacios y de la diosa siria, para hacerse iniciar en los misterios en que un lento trabajo del espíritu religioso había depurado la idea de la divinidad separándola de los antiguos conceptos naturalistas. Los sacerdotes no revelaban nada que no se supiera, pero habíanse reservado la preparación de la escena, por cuyo medio impresionaban profundamente el ánimo. Ved cómo Apuleyo se pone serio después de su iniciación en los misterios de Isis: «Prosternado ante la diosa, con el rostro á sus divinos pies, se los bañé con mis lágrimas, y más de una vez, con voz sofocada por los sollozos, le dirigí esta plegaria:

(1) *Mithra* significa en zend, sol y amor. Recuerda al Eros ó Amor creador *δημιουργός* de la teogonía de Hesiodo y Parménides.

«Santa divinidad, fuente eterna de salud, adorable protectora de los mortales, á quienes prodigas en sus tribulaciones el dulce amor de las madres, ni un día, ni una noche, ni un momento pasa que no señales tú con alguno de tus beneficios. En la tierra, en el mar, siempre estás allí tú para tendernos una mano piadosa, para desenredar la inextricable trama de los destinos y conjurar la maligna influencia de las constelaciones. Eres venerada en el cielo, respetada en los infiernos, y por tí gira el globo, alumbrada el sol, se rige el universo y se contiene el infierno. A tu voz se mueven las esferas, se suceden los siglos, se alegran los inmortales y se coordinan los elementos. Una señal tuya hace que soplen los vientos, que se llenen las nubes, que germinen las semillas, que se abran los gérmenes. Tu majestad es terrible para el ave que hiende los aires, para el animal bravo que habita en las montañas, para la serpiente oculta en los huecos de la tierra, para el monstruo marino sumergido en el abismo sin fondo. Pero mi genio no está á la altura de tus alabanzas: haré á lo menos lo que es posible al corazón religioso. Tu imagen sagrada quedará profundamente grabada en mi alma y presente siempre en mi pensamiento (2)»

Se ve qué dirección tomaba el sentimiento religioso. Bajo el doble esfuerzo de los filósofos y de los sacerdotes de los nuevos cultos impeliendo á la sociedad por vías diferentes hacia un fin común, se enardecía y manifestaba en unos por la violencia de las devociones carnales y en los otros por una piedad extática. Lo sobrenatural de las nuevas creencias venía á sustituir lo maravilloso de las antiguas que perecían. El aire puro que durante tanto tiempo había bañado el Olimpo helénico, se cargaba de nieblas, y el cielo bajo y pesado de las divinidades latinas se hacía confuso y desordenado. El abigarramiento ó mezcla ridícula que Luciano nos muestra en la asamblea de los dioses, donde Anubis, con su cabeza de perro, se sienta al lado del radiante Apolo, se vuelve á encontrar en las creencias, formando la más extraña confusión de doctrinas, de ritos y devociones extravagantes; anarquía en cuyo seno, la sensibilidad religiosa sobreexcitada suministraba á los iluminados, á los fanáticos, á los charlatanes los medios de ejercer su celo ó su industria.

Apuleyo tuvo acierto en escribir entonces el gracioso y triste mito de Psiquis. Como la amada de Eros, la sociedad pagana, poseída de impaciente curiosidad, quiso también desvanecer las sombras que le ocultaban á su divino esposo. Una aspiración ardiente arrebató muchas almas hacia lo desconocido, y preguntan por la vía á los que pretenden conducir á ella. Todo el mundo, paganos, cristianos y judíos, creía en los magos, comenzando por el gobierno, que tenía mucho miedo de ellos. Contra los magos la ley era atroz, pues condenaba á la hoguera á los que practicaban la magia, y á las fieras á los que la estudiaban. Su prestigio, empero, era mayor, á pesar de ello, por ello mismo acaso, y sus misterios, trampantojos y amaños aumentaban la confusión de los espíritus. Así pues los prodigios no eran menos numerosos que en los mejores días de la credulidad romana. Los más escépticos arrastraban tras sí la superstición como una parte de su propio ser. Plinio el Viejo, que no creía en Dios, pero sí en la virtud, aceptaba los

(2) *Metam.* XI *ad finem*. Plutarco, al principio de su tratado sobre *Isis y Osiris*, hace de la diosa la sabiduría divina, que comunica sus dones á los que por su alejamiento de las pasiones, su asiduidad en los ejercicios piadosos y grandes abstinencias aspiran al conocimiento del Ser supremo. Se hacía remontar á Orfeo (Pausanias IX, 30) la institución de los misterios que exigen purificaciones con cuya ayuda se creía borrar la mancha del pecado y llegar á la santificación.

presagios y milagros y los refiere con imperturbable gravedad.

Se continuaban, pues, examinando las entrañas de las víctimas; buscábanse en los sueños las revelaciones del porvenir (1), y los caldeos construían «temas de natividad,» que solían ser sentencias de muerte, cuando prometían alta fortuna á contemporáneos de Tiberio, de Domiciano y Caracalla. Las predicciones astrológicas y los versos sibilinos suponían que el destino lo había decretado todo de antemano; el oráculo, al contrario, daba á entender que los dioses intervenían libremente en las cosas de este mundo. El mismo hombre recurría, sin embargo, un día á los caldeos, otro al oráculo de *Abonotico*, cuya escandalosa historia ha conservado Luciano.

Las inmutables leyes de la naturaleza seguían su curso, y con eso y todo, muchos creían ver prodigios. Como los más apetecibles eran los que daban la salud, los interesados multiplicaban y embellecían los que sobre esto corrían. Y en efecto, algunos parecían eficaces. En los templos de Esculapio, las ceremonias preparatorias, los ayunos continuados, las purificaciones, los sacrificios, remedios extraños y en ciertos casos acertados, la noche pasada en medio de serpientes sagradas, en presencia del dios, que no dejaba de aparecerse en los sueños del enfermo ó de hablarle entre sueño y vigilia, todo esto producía en la imaginación un efecto saludable.

Entonces, mediante la fe, la excitación nerviosa y algún medicamento misterioso, sobrevenían fenómenos que la ciencia de aquel tiempo no podía explicar y que por consiguiente era preciso atribuir á la acción divina. «Ciertos Eufronios, dice Eliano (2), se había dejado enredar en las ineptias de Epicuro y con esto hubo de caer en dos grandes males, la impiedad y la protervia. Atacado una vez de una enfermedad que los médicos no podían curar, fué llevado por sus deudos al templo de Esculapio, y por la noche, durante el sueño, oyó una voz que decía: — Para este hombre no hay más que un medio de salud y es quemar libros de Epicuro, incorporar en cera esta ceniza sacrilega y cubrirle con ella el vientre y el pecho.» Y ejecutó la orden del dios y quedó muy luego curado y convertido. Eliano refiere imperturbablemente muchas otras curaciones prodigiosas.

El agua de la fuente de Esculapio en Pérgamo era soberrana para muchas enfermedades, y multitud de ex votos colgados en los *asclepiaciones*, manos, brazos, piernas de barro, como se ven de cera en nuestras iglesias, monedas de oro y plata arrojadas á las fuentes consagradas, atestiguaban los milagros (3). Muchas inscripciones nos conser-

(1) Galeno se decidió á estudiar medicina, á consecuencia de un sueño de su padre (*Meth. med.* IX, 49), y otro sueño le impidió seguir á Marco Aurelio en su expedición al Nubio, á menos que no lo hubiera imaginado para tener el pretexto de quedarse en Roma. Por lo demás, creía á pie juntillas en los sueños, como todo el mundo en aquel tiempo, y ni siquiera dudaba del poder de los encantadores. Artemidoro de Efeso, en tiempo de los últimos Antoninos, escribió en cinco libros un *Ὀνειροκριτικὸν ὅ* Interpretación de los sueños. Creía que los sueños revelaban los acontecimientos futuros. Y Platón, Cicerón, Marco Aurelio y otros pensaban lo mismo; y toda la Edad media creyó como ellos que en el sueño podía entrar el hombre en relación con los espíritus de los muertos. Es también la creencia de los Pieleros-Rojas.

(2) Eliano, *frag.* 89. Este romano de Preneste que escribió en griego y tan bien que se le llamaba *μελέλωτος*, había compuesto, además de sus *Historias varias* y su tratado de la *Naturaleza de los animales*, un libro sobre la *Providencia* y otro sobre las *Manifestaciones de la divinidad*, de que sólo quedan fragmentos.

(3) C. I. L. III, n.º 987; C. I. G. n.º 5980. Véase el *Boletín de la Correspondencia helénica*, el inventario del *Asclepión* de Atenas,

van también el recuerdo agradecido de los que por favor del dios habían recobrado la salud ó la vista.

Con esto, la benéfica divinidad tenía templos en todas partes, hasta en París, en el mismo lugar en que se construyó luego la catedral cristiana, y parece haber tomado en la adoración de los hombres el puesto de Júpiter.

Serapis en Alejandría era otro dios curandero. Todas las divinidades, y aun los héroes que no habían sido admitidos en los supremos honores del cielo, poseían este privilegio ó más bien lo habían recibido de sus confiados adoradores.

En cambio, vengábanse los dioses enviando á los sacrilegos la ruina, la enfermedad ó la muerte. Isis dejaba ciegos á los que en su nombre juraban en falso, y Ovidio vió en Tomes algunos desgraciados que andaban errantes por la ciudad confesando su delito y la justa cólera de la diosa.

Los sacerdotes, que mantenían cuidadosa y hábilmente todas estas credulidades y supersticiones, solían atribuirse también el don de los milagros. Algunos de ellos pretendían tener gracia para expulsar los demonios y libertar á los poseídos; otros con encantos secretos curaban las enfermedades, y hasta se decía que los sacerdotes de Serapis resucitaban los muertos. Algunas escenas bien manejadas y á veces bien sacadas, trasformaban en prodigios los efectos más naturales: un cataléptico al volver en su acuerdo, era un muerto que se volvía á la vida. Entonces todo venía á ser posible para la credulidad del sacerdote y del devoto. Los sabios habían creído librar al mundo de los terrores de lo sobrenatural, atraerlo á la fría razón, á la investigación de las mejores condiciones de la vida presente, y el mundo se les escapaba y se iba «á la locura de lo divino.»

El siglo XVIII vió un estado de los espíritus en ciertos respectos semejante: la antigua fe sucumbiente, y á vista de los filósofos triunfantes, las curaciones milagrosas del diácono Paris, las visiones de los iluminados y la cuba magnética de Mesmer. En el nuestro, enfrente de la ciencia que atestigua la permanencia de las leyes generales, el sonambulismo, las mesas giratorias, los espiritistas, los espíritus golpadores y el agua maravillosa de la Saleta han encontrado innumerables adeptos. Ponderábanle á Voltaire una obra titulada *De los errores y de la verdad*. «Si es buena, contestó el filósofo, debe tener 50 tomos en folio sobre la primera parte y media página sobre la segunda.» Nosotros hemos prolongado la media página, pero ¡con qué lentitud!

V.—ESFUERZOS DE LOS FILÓSOFOS PARA DAR SATISFACCIÓN AL SENTIMIENTO RELIGIOSO

No había llegado aún el tiempo en que el hombre debía reconocer que el doble misterio de la esencia divina y de la creación es tan superior á su comprensión como lo es á sus fuerzas volar por encima de las nubes ó nadar en el fondo del Océano. Los filósofos, sin embargo, no renunciaban á hacer salir al mundo de la anarquía intelectual en que forcejeaba dolorosamente y esperaban conseguirlo: los

por Girard y Martha. Cerca de Santa María de Capua se han encontrado, al mismo tiempo que las ruinas de un templo de diosa benhechora, más de 30.000 ex-votos de barro cocido. Era sin duda una fábrica instalada á las puertas del templo, donde los devotos se proveían á bajo precio de brazos, piernas, cabezas, etc. (*Comptes rendus de l'Académie des inscriptions*, etc. 1879, p. 304). Eliano (*Sobre la naturaleza de los animales*, 49) llama á Esculapio *νόστων ἀντίπαλος*; en otro lugar lo invoca así: *Ὁ βασιλεὺς καὶ θεῶν φιλοφρονεῖσθε Ἀσκληπιέ*. El mismo título se lee en una inscripción de Tasos (Miller, *Miscel. de filos.* 1, 36) Cf. Aristides, *Orat. sacre* I y II, y *Orat. in Æscul.*

unos expulsando aquellos dioses «que gobernaban tan mal;» los otros creando una teodicea aceptable para los espíritus que no había poseído aún la embriaguez del misticismo (1). Conocemos ya á los primeros; veamos ahora cómo se esfuerzan los segundos en fortalecer y propagar la creencia en la unidad divina y en la inmortalidad del alma, en las penas y recompensas en otra vida, y en las relaciones en esta con la divinidad por medio de los genios.

El monoteísmo vagamente entrevisto por los pueblos primitivos, que está en el fondo de los Vedas como en el fondo del helenismo, y que los semitas habían conservado naturalmente en su doble desierto del cielo y de la tierra de la Arabia, había estado en la India y en Grecia cubierto y oculto bajo los magníficos velos que los poetas habían corrido en las puertas de los santuarios. Anaxágoras lo encontró en Atenas; Cicerón en Roma.

Intérprete de las especulaciones más puras del pensamiento griego, Marco Tulio había llegado á la idea de la unidad divina y de la inmortalidad del alma, no á consecuencia de las rigurosas deducciones de un filósofo que construye un sistema en que todo se enlaza y encadena, sino por un noble arranque del corazón.

Los estoicos habían sustituido al Dios incomprensible de Platón, al Dios solitario de Aristóteles, con un Dios vivo que penetraba y llenaba el universo con su propia vida, y gustaban de repetir los magníficos versos en que Cleanto revela tan ardiente fe en la razón eterna. Pero su alma del mundo, que no se distinguía del universo, no era más que una fuerza, y su Providencia, encadenamiento necesario de causas y efectos, no era sino el *Destino*.

Ahora bien, los corazones tiernos pedían un Dios más personal, menos inaccesible á la imaginación, á la plegaria, y muchos comenzaban á entreverlo. ¿Qué influencia ejerció la idea judía de aquel Jehová, que no toleraba competidor? No se podría decir: los judíos se deslizaban por todas partes; los *prosélitos de la puerta*, á quienes habían convertido, debieron de ayudar á la evolución comenzada en el seno del paganismo por los doctores platónicos y cuyo objeto era llevar el politeísmo á la unidad divina. No podría extrañarse que el judío Filón, que era tan griego, sin dejar de ser oriental, separara á Dios del mundo «como el artista es distinto de su obra;» pero un verdadero pagano, Plutarco, llegaba á la misma doctrina.

Plutarco era entonces el más ilustre representante de la Academia: había reconocido las dos corrientes que arrastraban los espíritus, la una al ateísmo, la otra á la superstición, y se colocó entre los humildes y los soberbios, procurando levantar á aquellos de su indolente abandono y atraer á éstos al concepto del Dios bueno y justo del *Timeo* de Platón; Dios único, inmutable, creador de los mundos que ha organizado y que conserva presidiendo desde lo alto de los cielos á sus revoluciones. «Júpiter, dice, no fué criado en los antros odoríferos de la Creta, ni Saturno devoró una piedra en lugar de su hijo. Principio y causón de su eterna existencia, era desde el principio y será siempre. Nada se escapa á su mirada, ni las cimas de las montañas, ni las fuentes de los ríos, ni las ciudades, ni la arena del mar, ni la infinita multitud de los astros. Nos ha dado todo lo que nos pertenece; en él están el principio y el fin, la medida y el destino de todas las cosas... Envuelta en un

(1) Epicteto (*Coloq.* I, 12) establece que, respecto de los dioses, hay cinco sistemas: 1.º no existen los dioses; 2.º existen, pero son en absoluto indiferentes á todo; 3.º su previsión no se extiende más que á las cosas celestes; 4.º se ocupan del cielo y de la tierra, pero sólo de una manera general; 5.º el hombre no hace un movimiento que se escape á la vista de los dioses. Este último sistema es el suyo.

cuerpo, el alma no tiene comercio verdadero con Dios; pero puede tocarlo ligeramente como en un sueño por medio de la filosofía.»

Estamos ya en el camino que conduce á la contemplación y al éxtasis, y Numenio cae en ella (2).

En la puerta del santuario había escrito Platón: «Es difícil descubrir al autor y padre del mundo, y cuando se ha descubierto es imposible hacerlo conocer á los hombres.» A pesar de esta afirmación desesperadora, la doctrina de la unidad divina fué poco á poco extendiéndose fuera del santuario. Se vió apuntar en Roma en las postrimerías de la república; pero en el imperio ahondó mucho en los espíritus. Los pueblos, como los filósofos, acudieron con solicitud, porque la unidad del principio divino se encontraba



Palas (3)

en el fondo de las religiones orientales que tenían tanto predominio. La Isis de Apuleyo es la divinidad suprema que se adora con mil nombres: *Isis myrionyma*; el Serapis de Severo y de Caracalla, el Dios-Sol de Heliogábalo y de Aureliano, el Bueno el Misericordioso de los palmiranos, el Aura-Mazda de los persas, sobre todo, Mitra «el sol invencible,» que se adora en todas partes, son cada cual para sus devotos «el Señor del mundo, bendito en la eternidad.»

Así Máximo de Madaura será el eco de muchas almas paganas, cuando escriba en su hermosa carta á S. Agustín: «¿Quién es el insensato, el hombre privado de razón que no tenga por cosa absolutamente cierta la existencia de un Dios único, que sin principio y sin haber engendrado nada semejante á sí mismo, sea sin embargo, padre de todas las grandes cosas del universo?»

El romano contaba con sus dioses y les daba culto á condición de que ellos le hicieran favores. Respecto de ellos tenía respeto, tenía miedo, amor no. Pero á lo largo

(2) Este Numenio vivía en tiempo de los Antoninos; sus obras no nos son conocidas sino por curiosos fragmentos conservados por los autores cristianos.

(3) Busto de mármol con los ojos de esmalte, encontrado en Tor Paterno (Vaticano, museo Chiaramonti, núm. 197).

del camino en que prosigue su lenta evolución intelectual y moral, la humanidad recoge ideas y sentimientos que al principio no tenía ó que sólo tenía confusamente. El respeto, el temor, el cálculo no constituyen el verdadero sentimiento religioso. A ciertas almas desprendidas de la tierra por el sufrimiento ó la meditación les es necesario el misterioso placer que el hombre siente al acercarse por medio de la oración á la omnipotencia divina y el orgullo que da esta comunicación con Dios.

Los romanos van á conocer este amor; por aquí también se acercan al cristianismo que ha hecho de este sentimiento la prenda de la fe y la garantía de la salvación.

Un espíritu positivo, un sabio, el médico Galeno, decía: «¿Por qué disputar con los que blasfeman? Sería profanar el lenguaje sagrado que debe reservarse para el himno del Criador. La verdadera piedad no consiste en inmolarse centenares de víctimas y en ofrecerle perfumes deliciosos, sino en reconocer y proclamar su sabiduría, su poder y su bondad... Ha probado su bondad con los beneficios de que ha colmado á sus criaturas, su sabiduría con el orden que ha puesto en todas las cosas para hacerlas subsistir, y su poder creando cada uno de los seres perfectamente adecuado á su destino. Alcemos pues nuestros himnos en honor del Señor del universo.»

Epicteto quiere que se ame á este Dios y se celebren sin cesar sus beneficios: «Puesto que sois ciegos en gran número, preciso es que alguno repita por todos el himno de la divinidad. Si fuera el ruiseñor, cantaríais: hombre, yo alabo á Dios. Es mi tarea y la cumpliré, mientras pueda cumplirla. Decid, conmigo: Dios es grande.» Es el espíritu de nuestros salmos: *Laudate Dominum* (1).

He aquí pues paganos que llegan á la idea de la unidad divina, de la Providencia, y al culto de adoración que le es debido. Pero ¿cómo conciliaban esta idea con su paganismo? Muy fácilmente. Séneca había dicho: «Dios tiene tantos nombres cuantas son sus acciones ó potestades. Así es Baco, como padre de todas las cosas; Hércules en atención á su invencible fuerza ó poder; Mercurio, porque es la razón, el número, el orden y la ciencia.»

Y tres siglos más tarde, Máximo de Madaura repite que las divinidades secundarias no son más que las virtudes del Dios supremo esparcidas por todo el mundo y honradas bajo nombres diversos porque se ignora el nombre mismo del Dios único. Dirigiéndoles oraciones no se adora más que á él.

Una de estas *virtudes* divinas tomaba de día en día un carácter más elevado. Minerva que en el antiguo naturalismo había representado el aire y el agua, la materia sutil y pura, vino á personificar luego la inteligencia. «Después de Júpiter, dice Horacio, á Palas corresponden los primeros honores» (2). Para el poeta el Olimpo es también una corte donde la diosa reina al lado del soberano. Yendo más lejos los filósofos en la espiritualidad, hicieron de esta diosa el pensamiento del Dios único. La virgen celeste, nacida de Júpiter, vino á ser la sabiduría inmaculada, el Verbo del Señor del universo. San Justino se asombra de ello «no pudiendo ser el Verbo una mujer» (3). Pero el retórico Aristides, contemporáneo suyo, explica sin ninguna dificultad

(1) Los salmos CXII y CXVI. Es su espíritu, no su forma, porque el coloquio I, 16, es una nota descosida en que he tenido que hacer algunas trasposiciones. El prefacio cantado en todas las misas dice también: ... *hymnum tua gloria canimus*.

(2) *Proximos illi (Jovi)... occupabit Pallas honores.*

(Carm. I, XII, 19, 20.)

(3) *Quod quidem perdidicimus nobis videtur (Apol. I, 64).*

el profundo mito en que el *λόγος Θεός* de Platón se ocultaba bajo la leyenda (4). «Recogiéndose en sí mismo Júpiter, concibió en sí á la diosa y la engendró de su sustancia. Es su verdadera hija, de un origen absolutamente idéntico é igual. No dejando nunca á su padre, vive en sí y consigo, como si le fuera consustancial... Como el sol aparece con todos sus rayos, salió Minerva de la cabeza de su padre, completamente armada de sus dones. En la asamblea de los dioses, su puesto es el más inmediato á Júpiter, y los dos tienen una misma voluntad sobre todas las cosas. Si se concluye de esto que Minerva es la forma de Júpiter, no



Minerva (Estatua del Capitolio, Galería, núm. 71)

se cometerá error ninguno, como quiera que todo lo que hace Júpiter, Minerva lo hace con él. Así, se le pueden atribuir todas las obras de su padre.»

La Isis de la época alejandrina hacía el mismo oficio con Amón, siendo la sabiduría, la justicia, el alma del ser supremo, el mediador entre el mundo y él.

Filón, cuya influencia fué tan considerable en la escuela de Alejandría, aun sobre ciertos Padres de la Iglesia, había desarrollado, desde el tiempo de Augusto y de Tiberio, la teoría del Dios *triple* y sin embargo *único*, que Egipto, Caldea, Persia, la India y la Grecia pelásgica y la Galia habían adorado. Del seno del Eterno, retirado en las impenetrables profundidades de su esencia, había salido, por medio de la primera emanación, el primogénito de Dios y el más antiguo de los ángeles, á quien llama también Filón «el

(4) Según Platón, el *Uno* engendró la *Inteligencia* (Vacherot, *Historia de la Escuela de Alejandría*, I, 305).